

de los respetos humanos, presentó á la Convención el cuchillo con que debía inmolarse á sí misma, y le pidió decretase, no sólo el arresto temporal de los girondinos, el arresto perpetuo, equivalente á un cercén material gravísimo de sus propios miembros y á un deshonor moral indeleble de sus propios nombres. No combatieron los voluntarios republicanos á los ejércitos alemanes en la frontera como combatió Lassource á los girondinos en la Convención. Diríase que se le aparecían como irruptores extranjeros metidos dentro del santuario de las leyes y del corazón de la patria. Nada tan lógico, dadas estas disidencias y entre estas luchas, como que aumentara en poder el comité de Salvación Pública, pues si había institutos políticos que bajaban, había institutos políticos que remontaban, descendiendo y ascendiendo como cangilones de noria. Barrere, maestro de ceremonias en la liturgia convencional; enderezador antiguo de los entuertos frecuentes; árbitro y hombre bueno en las contiendas; muy ducho en el arte de hablar sin decir nada; muy dócil á todos los cambios de opinión; falto de ideas propias é impidiendo que se desarrollasen las ajenas, llegó con su expediente á la sesión parlamentaria, en el cual expediente se negaba el arresto y la proscripción, pero pidiendo á los girondinos sin rebozo que se arrestasen y se proscribiesen ellos á sí mismos, marchándose de la Convención y dimitiendo sus aspiraciones al gobierno: consejos de suicidio todos, inadmisibles por los políticos íntegros. Nadie puede calcular lo cercanas que están las personas violentas de una vergonzosa debilidad. Isnard se nos aparece como diputado de mayor entereza entre los diputados girondinos. Sus frases acerca de París y del destino de París únicamente podía componerlas y decir las un valor temerario. Pues Isnard, al oír la proposición de Barrere, accede á ella, y ofrece humilde su propio sacrificio, después de haber dado pretexto y ocasión á los revolucionarios para sus criminales fechorías. Era el girondino uno de esos individuos móviles y tornadizos que pasan de soberbios á humildes con la mayor facilidad. Su inteligencia estaba llena de contradicciones y llena su vida de contrastes. En los vuelos de su espíritu á la esperanza, nada tan fácil como lanzarle una flecha y derribarlo en la desesperación. Cuantos son considerados con los demás, suelen serlo consigo mismo también. Poco circunspectos, no saben mirar alrededor; y poco reflexivos, tampoco saben mirarse á sí propios. Si no supo Isnard mantener sus frases ¿por qué las dijo? Y, si las dijo, ¿por qué no las mantuvo? Mala toda degradación, aun la impuesta de fuera y de arriba; peor entre todas las degradaciones una degradación voluntaria. Isnard presentaba este suicidio moral como un extremo de valor, cuando la posteridad lo juzga como un extremo de vileza. Esta vileza contagió á toda la compañía girondina. Lanthenas llegó á declarar sin autorización, ni fundamento, ni motivo, se lanzaría de grado al abismo y con él se lanzarían todos sus compañeros y correligionarios. No puede mantenerse mucho tiempo el pensamiento concentrado sobre tales infamias. Se necesita el valor cívico en la política cual se necesita el valor militar en la milicia. Quienes, como Isnard y Lanthenas, huían á la primera intima-

ción del desorden, se nos aparecen ahora, no como víctimas, como cómplices de sus propios verdugos y fautores del propio deshonor y de la propia ruina, pues la protesta y la resistencia, aunque no alcancen el triunfo inmediato, alcanzan el respeto unánime de la opinión hoy, mañana de la posteridad.

Afortunadamente hubo en aquella deserción excepciones honrosas. Barbaroux, confesando no poder sublevarse contra el decreto de proscripción, si la disponía el Congreso, anunció contar con la confianza de muchas regiones, las cuales acababan de poner en sus manos el mando de sus milicias y la dirección de su política. Pero quien superó á todos fué Lanjuinais. Sereno de aspecto, tranquilo de actitud; la cabeza erguida sin arrogancia. el gesto respetuoso sin vileza; seguro de su muerte sin desafiarla pero sin temerla tampoco; de la inmortalidad también seguro, más por el mérito de su holocausto que por el mérito de su persona; Lanjuinais, sin retar á nadie, y sin ceder él, declaró en voz muy alta y muy sonora que nunca se podían sus enemigos prometer de la constancia suya la proscripción voluntaria. Clamores de muerte inmediata siguieron en aquel desalmado auditorio á este clamor de una conciencia limpia, determinando una voluntad honrada. El asqueroso capuchino Chabot, de una inmoralidad escandalosa; vendido á los gobiernos realistas; aquejado de la mala educación consuetudinaria en los frailes, del convento escapados y apóstatas en sus doctrinas; insultó la entereza de aquellos héroes, gritando entre la tempestad parlamentaria como pudiera gritar un buho asustado por las tempestades materiales. Entonces Lanjuinais llegó á lo sublime. Los gritos, los insultos, las calumnias, la cólera de aquellos montañeses ebrios, la violencia de aquellas tribunas demagógicas, el puñal asesino centelleante, cien pistolas apuntadas á su pecho, solamente sirvieron para convertir la tribuna bajo sus pies en verdadero Tabor, dándole transfiguración sobrenatural y milagrosa. ¡Cuán pocas frases en la Historia quedan, como la frase de Lanjuinais! Pero siempre que se quiera mostrar lo sublime y sus diferencias de lo bello en las cátedras literarias, se recordará el dicho suyo respondiendo á las blasfemias de Chabot. «Digo á ese fraile que se cree sacerdote, digo á Chabot; en los tiempos clásicos vióse coronar de flores las víctimas conducidas al sacrificio: los sacerdotes, sus sacrificadores, las ofrecían al fuego sagrado, pero no las insultaban.» Marat, ebrio de cólera y de una cólera sistemática, sin tregua y sin reposo, creyó ver en la proscripción voluntaria un medio de prosperar á los girondinos y se opuso, por no conceder á tamaños estadistas papeles de mártires, diciendo que sólo estaban permitidos los honores del martirio á un hombre, como él, mártir de la libertad. Seguidamente se puso á recitar la lista de los proscriptos, quitando de sus renglones los nombres que le parecían oscuros é insignificantes, é insistiendo para que constasen los nombres más encumbrados y famosos. Billaud-Varennes pidió la votación nominal. Un rumor intensísimo le contestó. Y tras este rumor las puertas del recinto cedían; los centinelas, puestos allí de guardia, temblaban; los asisten-

tes á las tribunas repetían sus blasfemias, los diputados en el Palacio reclusos desde la mañana y ayunos hasta la noche, no podían salir á comer; un anciano respetable recibía empujón indigno; y muchos representantes mostraban golpes y desgarros indicativos del exceso á que había llegado la insurrección y sus irreverencias. El escándalo fue tan grande, la violencia tan extrema; las presiones ejercidas sobre los más avanzados tan ciertas; el desacato á la representación popular tan escandaloso que se sintió una reacción dentro de la Montaña y sus adherencias, á la cual reacción recurrió Barrere para emitir una de sus contradictorias proposiciones y pronunciar uno de sus dobles discursos. En estos discursos hacía ver que la Convención era víctima de los manejos británicos; que la comunidad municipal usurpaba todos los poderes legales; que Londres, y no París, inspiraba y dirigía los acontecimientos aquellos; que Inglaterra llegaba con sus manejos maquiavélicos al Sena; que corría por todas partes el oro inglés; que se distribuían asignados de cinco libras entre los revolucionarios en armas.

Tales revelaciones de Barrere demostraban cómo había retrocedido el exaltado fervor revolucionario, y cómo el heroico del diez de Agosto, que se alimentaba con ideas, había sucedido el interesado del dos de Junio, que se alimentaba con egoístas intereses. En efecto, para vencer los jacobinos á tantos adversarios como encontrarán á su paso, necesitaban valerse del oro, proyectil más certero que el plomo. Los tibios conservadores, los amenazados girondinos, la deplorable llanura convencional, el grupo de los indiferentes, la perplejidad de los dantonistas, el furor de los llamados arzobispales; aquella eterna demanda de muerte requerida por el buho Marat desde su bodega cargada de ron y de sangre, sumandos químicos de su tinta; las manifestaciones por los degüellos; la división y fraccionamiento de los montañeses componían una cordillera de obstáculos contra el proceder de los jacobinos y sus planes que había necesidad de todas las armas conocidas para vencerlos y de todos los recursos imaginables para rendirlos. Y así tomaron la caja de los fondos destinados al socorro de los colonos dominicanos residentes en el refugio de París y distribuyeron entre los sitiadores de la Convención unos ciento cincuenta mil francos. «Mueran, exclamaban los convencionales afectados y movidos por su dignidad legislativa, todos cuantos desacaten ó ataquen á la Convención.» Mas los sitiadores no hacían caso, teniendo como enseña y guía las plumas componentes del plumaje que llevaba sobre su historiado tricornio el bandido Henriot. «Ordenemos, gritaban muchos, á la fuerza militar que se vaya de nuestro lado. No la necesitamos para cosa ninguna hoy. Que venga cuando nosotros la traigamos y esté donde nosotros la consignemos.» El custodio militar de la Convención, un comandante, responde á estos gritos con la noticia de que sus centinelas han sido reemplazados manu militari por centinelas advenedizos y facciosos, hallándose también sitiado él mismo como toda la Convención. Al cabo tales noticias promueven las correspondientes emociones y tales emociones despiertan á Dantón caído en el silencio y

en el resuello de la fiebre. Su palabra un tanto floja en tal circunstancia requirió del comité de Salvación Pública que fulminase un castigo sobre los sitiadores. El Comité de Salvación Pública podía mandar; pero el quid supremo de la dificultad estaba en ser obedecido. Como los clubistas del arzobispado molestaban por igual á Robespierre y á Dantón y á la Comunidad y á la Convención tachados de conservadores y aun reaccionarios; el muñidor Barrere, mangoneando en todas partes, dirigió contra el club y los clubistas sus primeros ataques. Pero los jacobinos, en su angustia, defendían la municipalidad contra el arzobispado y el arzobispado contra la municipalidad. Así, cuando Barrere, viéndose por el diluvio circuido, tomaba como la cumbre más alta de Francia, superior á todas las inundaciones, aquella tribuna convencional, y decía desde tal cima que se necesitaba probar la libertad del Parlamento y dar de mano á las fuerzas tumultuosas populares, para irse á deliberar so el amparo de las fuerzas regulares que protegerían su propia representación en la representación colectiva nacional, echóse á reír mucha gente por lo fantástico del consejo y la imposibilidad de atenderlo entre los espasmos de una revolución demagógica, untada con cebo de oro, urdida por conjuras como palaciegas, compuesta de sumandos contradictorios sólo acordes en alcanzar el triunfo á toda costa, y que obedecía, falta de íntima espontaneidad, á una meditada consigna, moviéndose los conspiradores como figuras mecánicas, resueltos á no retirarse hasta el aniquilamiento y extirpación de la Gironda.

La Convención hizo en este momento el milagro de Mahoma. «Que venga pronto á mí la Montaña.» Dijo el profeta. La Montaña no se movió. «Visto que la montaña no quiere venir á mí, yo iré á la montaña.» «Que vengan á mí las fuerzas armadas.» Dijo la Convención. «Las fuerzas armadas no se movieron.» «Puesto que las fuerzas armadas no quieren venir á mí, yo iré á las fuerzas armadas.» Para perpetrar tal acto de humillación y baja necesidad se necesitaba una presidencia muy complaciente con los demagogos, muy servil á las muchedumbres, muy envilecida y rebajada. Mallarmé, cuyas respuestas á los manifestantes alborotadores quedan como un modelo de integridad y entereza, no quería un sitio expuesto de continuo al ataque material y á los desacatos morales. Gregoire tampoco lo quería, por su repugnancia invencible á presentarse como amparo y escudo de los girondinos, con quienes el cuitado abate no podía ni conciliarse ni entenderse. Quedaba uno disponible y dispuesto, Hérault de Sechelles, dantonista; sin un átomo del músculo de Dantón en su cuerpo; sin un asomo del pensamiento de Dantón en su espíritu. La noche del veintisiete de Mayo Sechelles comenzó la prostitución del Parlamento, y la concluyó y la consumó en esta noche de Junio. Débil de temperamento; falto de voluntad; con poco amor á los ideales abstractos y mucho amor á las propias conveniencias; más que un orador un retórico; más que un estadista un farsante; atentando esos énfasis de palabra y acción, falsificaciones torpes ó caricaturas viles de la grandeza cierta; presidió aquel paso del Congreso desde